

«Creo en Jesús... su único hijo»

EDUARDO MALVIDO

Ningún otro artículo del Credo cristiano ha ido tan lejos como éste en cuanto a su contenido significativo. De ahí que los cristianos **debemos ser extremadamente rigurosos en el análisis del fundamento del presente enunciado de fe**, que no tiene cabida en el articulado del Credo de ninguna otra religión.

I ¿De qué se trata?

El *Credo de los Apóstoles* proclama con estas palabras la **divinidad de Jesús**. Se trata del Hijo eterno de Dios, de la Segunda Persona de la santísima Trinidad.

El término «**único**» **no tiene el sentido de excepcional, de excelente, de singular...** en comparación con los "hijos de Dios" que somos todos los seres humanos en un sentido amplio de participación en la existencia como criaturas del mismo Dios Creador.

Tampoco aquí se afirma de Jesús que sea "el hijo de Dios" en un sentido mesiánico. Entre los "hijos de Dios", la figura del Mesías representaba para los israelitas la cima de la filiación divina. Recuérdese cómo en el *Salmo 2,7* es el rey israelita, concretamente el rey David, quien asegura haber oído a Yahveh estas palabras: «*Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy*».

El *Credo de los Apóstoles* sitúa a Jesús como el Hijo único de Dios en otro orden, en el orden estrictamente divino: **Jesús es el Hijo único**

porque sólo él ha sido engendrado en la eternidad, en la preexistencia.

Es cierto que el *Credo de los Apóstoles* no precisa con términos filosóficos el carácter y la naturaleza trascendentes de la filiación divina de Jesús, mientras que, por el contrario, sí lo hace el *Credo de Nicea-Constantinopla*: «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre». Dado el sentido genérico y abierto a múltiples interpretaciones a que se prestaba la confesión bíblica de Jesucristo como el «hijo único», los cristianos del siglo IV juzgaron oportuno expresar con categorías de la cultura imperante, la cultura helenística, la trascendencia estrictamente divina de Jesucristo, el Hijo originario de Dios. En el *Credo de Nicea-Constantinopla* se cambió ciertamente de lenguaje en comparación con el empleado por los cristianos en el *Credo Apostólico*, pero en modo alguno se alteró en ninguno de los dos Credos la fe específica cristiana en la divinidad de un hombre concreto llamado Jesús de Nazaret, que es lo que más sorprendentemente e inequívocamente, testificaba el N. T. respecto de Jesús de Nazaret¹.

Oigamos sobre este particular las explicaciones lingüísticas aportadas por uno de los mayores defensores de la fe cristológica profesada en el concilio de Nicea. Atanasio escribió lo siguiente:

*«Los obispos... fueron compelidos a recoger el sentido de la Escritura... Si las expresiones no están con tantas palabras en las Escrituras, sin embargo, contienen el sentido de las Escrituras.»*²

¹ Sobre las formas de confesión de fe de los primeros cristianos en la divinidad de Jesús de Nazaret, véase E. Malvido, *Jesús, el Cristo resucitado*, Ed. San Pío X, 1989, p. 74-80.

² *Cartas referentes a los Decretos del concilio de Nicea*, capítulo 5, n. 20 y 21.

II Para un judío, la cuestión mesiánica es lo primero

La palabra "Cristo" es la traducción al griego de la palabra hebrea "Mesías", que significa "el ungido". **Entre los judíos**, se "ungía" a aquellos que por su función de reyes, jueces, profetas... tenían que guiar al pueblo israelita por los caminos de Yahveh. Para los israelitas, sin embargo, el Mesías había llegado a representar la salvación misma de Yahveh, e incluso al propio Yahveh en cuanto salvador del pueblo israelita.

En los tiempos actuales de secularización, el Mesías se ha convertido en sinónimo de un salvador meramente humano. En línea de continuidad con el pensamiento mesiánico de los judíos, ninguno de los hombres actuales se imagina a un Mesías tullido, o pobre, o socialmente insignificante... Todos pensamos en figuras de Mesías que destacan por la posesión de algún tipo de poder (económico, político, bélico, cultural,..)³.

Volviendo a los tiempos de Jesús, recuérdese que el mesianismo judío comportaba una intervención visiblemente poderosa de Yahveh en el transcurso de la historia israelita en cualquiera de sus modalidades (mesianismo intrahistórico, mesianismo extrahistórico y mesianismo ultrahistórico)⁴.

Pues bien, la lectura de los evangelios deja bien a las claras que **la manera como Jesús predicaba sobre el mesianismo y sobre la figura del Mesías no respondía en absoluto a las expectativas de los judíos de su época sobre el particular**. Sus propios discípulos no

³ Se puede comprobar lo afirmado en la obra de Desroches y otros autores, *Dieux d'hommes. Dictionnaire des messianismes et millénarismes de l'ère chrétienne*, Paris-La Haya, 1969.

⁴ Sobre los mesianismos mencionados, cfr. E. Malvido, o. c., p. 44-53.

comprendían las explicaciones del Maestro sobre el contenido del reino de Dios, ni las parábolas acerca del reino de Dios, ni el temible porvenir histórico del Mesías y de los seguidores de su causa...⁵ Todavía era más contraria a Jesús como figura mesiánica la posición adoptada por la autoridad religiosa judía, por el sanedrín, que no paró hasta verlo crucificado como falso Mesías⁶.

Por otro lado, **no convence la explicación tradicional que se aporta sobre ese evidente desacoplamiento** entre la imagen-robot del Mesías esperado por generaciones de judíos y el perfil histórico del Mesías cristiano Jesús de Nazaret: que se trata de un desacoplamiento mesiánico sólo al final de la vida de Jesús, desde el momento en que Jesús hizo saber a los Apóstoles que se iba a entregar voluntariamente al suplicio de la cruz; que hasta entonces Jesús había declarado ser el Mesías prometido y que lo había demostrado sobradamente con todo

⁵ Cfr. Mt 15,15-16; 16,8-12; Lc 9,45; ...

⁶ No entiendo ni, por lo tanto, puedo aceptar afirmaciones y explicaciones que presentan a un Jesús histórico en línea con las expectativas mesiánicas del pueblo judío, de modo que si Jesús no fue reconocido como el Mesías prometido se debió a la dureza de corazón de sus contemporáneos, y no a la ausencia de señales manifiestas de poder mesiánico en la vida y en la muerte de Jesús. Véase, por ejemplo, cómo se expresa el *Catecismo de la Iglesia católica* sobre el Cristo Jesús (final del n. 438 y principio del n. 439):

«Su eterna consagración fue revelada en el tiempo de su vida terrena en el momento de su bautismo por Juan cuando "Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder" (Hch 10,38) "para que él fuese manifestado a Israel" (Jn 1,31) como su Mesías. Sus obras y sus palabras lo dieron a conocer como "el santo de Dios" (Mc 1,24; Jn 6,69; Hch 3, 14).

Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico "hijo de David" prometido por Dios a Israel (cf. Mt 2, 2; 9, 27; 12, 23; 15, 22; 20, 30; 21, 9. 15).»

tipo de milagros (de curación, de naturaleza, de adivinación del futuro...). Y digo que no satisface esta explicación porque son los hechos los que tozudamente contradicen su verosimilitud histórica: **la conducta de los Apóstoles no puede ser calificada de 'cristiana' en ningún momento de su convivencia con Jesús, ni al principio ni al final de la misma.** La confesión mesiánica de Pedro respecto de Jesús, que figura en Mt 16,16 («*Simón Pedro le contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*»), además de ser una confesión individual, no concuerda con el comportamiento de Pedro, tanto, por supuesto, durante la pasión del Señor, como tampoco durante todo el período anterior. Es más lógico pensar que el pasaje de la profesión de fe de Pedro, que transpira indudablemente fe cristiana, tiene su origen en la fase postpascual de las apariciones de Jesús resucitado y que fue anticipado a la fase prepascual con el fin de fundamentar en el mismo Jesús de la historia el primado que Pedro ya ostentaba en la Iglesia, cuando Mateo escribió su evangelio.

III ¿Cuándo y por qué los cristianos confesaron Mesías a Jesús?

Los Apóstoles se dieron cuenta de que Jesús era el verdadero Mesías **poco tiempo después de su muerte en cruz.** El motivo que les llevó a proclamarlo Mesías, Cristo, fue la experiencia de que había resucitado, experiencia producida en ellos por el propio Resucitado mediante **las apariciones.**

A la "vista" de la acción resucitadora llevada a cabo por Dios en Jesús, los discípulos no dudaron en considerar semejante acción divina no sólo como la prueba contundente de la mesianidad de Jesús, el Crucificado, sino además como la concreción de la salvación mesiánica prometida por Dios. Con esta última puntualización quiero decir que ya está bien de ver la resurrección de Jesús únicamente como el

milagro extraordinario que demuestra desde fuera y a posteriori que Jesús, el predicador de Galilea, el amigo de publicanos y pecadores, el Crucificado... es el auténtico Mesías de Dios; **la resurrección de Jesús**, como hecho escatológico que es, **revela novedosamente en sí y por sí misma cuál es el contenido del plan salvífico de Dios**: que los seres humanos estamos llamados a ser definitivamente felices a imagen y semejanza de Jesús resucitado.

La confesión de fe en Jesús como el Cristo o el Mesías debió de ser bastante próxima en el tiempo al hecho de las apariciones de Jesús resucitado. **Probablemente la confesión de fe en Jesús de Nazaret como el Mesías, el Cristo, fue la primera confesión de la fe de los cristianos en Jesús.** Hasta tal punto se identificó el título de Mesías o Cristo con el nombre de Jesús que pronto terminó fundiéndose en una sola palabra (Jesu-cristo) , con lo que los cristianos posteriores acabarían utilizándolo con carácter nominal y olvidándose de su alcance confesional⁷.

⁷ M. González Gil, *Cristo, misterio de Dios*, BAC, t. II, p. 445:

«El nombre o título más corriente de todos , desde los primeros años de la Iglesia, fue el de "Cristo". Según los primeros capítulos de los Actos, la proclamación de Jesús como "Mesías" o "Cristo" era tema fundamental del "kerygma" (Cf. Act. 2,36; 3,18.20; 4,10; 5,42). La frecuencia misma de su uso condujo a que los creyentes fuesen apellidados "cristianos" o "seguidores de Cristo" (Act. 11,26). Pero esa frecuencia contribuyó también a que perdiese casi totalmente su valor de "título" y pasase a ser, empleado con el nombre de "Jesús", un "nombre propio", al que se agrega el "título" que se desea poner de relieve; y así decimos: "Jesucristo nuestro Señor", "Jesucristo nuestro Redentor", etc. Con todo, la fusión del "nombre de Jesús" con el "título" de Cristo deberá considerarse como una forma condensada de la profesión de fe: "Jesús es el Cristo"».

Con su intervención resucitadora, Dios declaraba Mesías o Cristo a Jesús con una fuerza demostrativa que deshacía enteramente el mayor argumento en contra de la mesianidad de Jesús: su muerte indigna y vergonzosa en una cruz. Si se habla de fe en la mesianidad de Jesús es porque los primeros cristianos confesaron Mesías a Jesús a causa de un hecho metahistórico, el hecho escatológico de las apariciones del Resucitado, y a pesar de la vida insuficientemente mesiánica y sobre todo a pesar de la muerte antimesiánica de Jesús. **La resurrección de Jesús constituye el único fundamento válido por el que los cristianos creemos firmemente en Jesús como el verdadero Mesías de Dios y por el que predicamos sin complejo alguno, ante judíos y gentiles, a un Cristo crucificado**⁸.

IV Características de la experiencia de encuentro con Jesús resucitado

El reconocimiento de la mesianidad de Jesús por parte de los Apóstoles fue mucho más que el resultado de su reflexión retrospectiva de los méritos mesiánicos del Maestro: **fue un acto de fe lúcida e inquebrantable causado en los testigos por el influjo directo y personal de Jesús resucitado.**

La experiencia vivida por los testigos de las apariciones del Resucitado es una experiencia muy superior a todas las experiencias que tanto ellos como nosotros podemos vivir de acuerdo con nuestra común condición de hombres históricos. A la luz de los relatos del N. T. que hablan de dichas apariciones, y particularmente a la luz de las manifestaciones hechas por uno de los testigos, por Pablo, vamos a señalar algunas peculiaridades de los encuentros habidos entre Jesús resucitado

⁸ Cfr. 1 Cor 1,23.

y los "videntes", **peculiaridades que prueban justamente la superioridad metafísica de tales encuentros** en comparación con nuestras relaciones interhumanas:

- 1 El encuentro entre Jesús resucitado y el testigo no se produce por el hecho material de hallarse uno delante del otro, sino que **la "visión" de Jesús resucitado por parte del testigo histórico es un efecto producido única y exclusivamente por el Apareciente**. Jesús resucitado se deja ver, se hace ver... sólo por quien él quiere. Pablo va camino de Damasco en compañía de otros, pero Jesús resucitado entra en contacto únicamente con el "Apóstol de los gentiles". Los seres humanos históricos no podemos seleccionar así, con esa libertad, a nuestros interlocutores...
- 2 La "visión" del Resucitado por parte del "vidente" comporta **una serie de rasgos espacio-temporales mucho más independientes, liberados**, que los que caracterizan a nuestra actividad visual ordinaria: se trata de una "visión" sensible pero interior, espacial pero no localizable en ningún sitio, temporal pero no medible cronológicamente... Esta mayor soberanía respecto del espacio y del tiempo que los testigos experimentan en la "visión" de Jesús resucitado en comparación con su modo habitual de ver explica que Lucas haya podido cambiar, por conveniencias catequísticas, la duración de las diversas apariciones (de 1 día a 40 días) y el lugar de la última aparición de Jesús resucitado a los Apóstoles (de Galilea a Jerusalén) sin que nadie le haya llamado al orden objetivo e inalterable de los hechos históricos. Por el contrario, la liturgia ha hecho suya la manera lucana de narrar en los *Hechos de los Apóstoles* las apariciones de Jesús resucitado (con una duración de 40 días y situándolas también en Jerusalén).
- 3 Si nuestro modo de verificar (verificar) la realidad de algo es mediante la comprobación de los sentidos, en los encuentros

pascuales es el propio apareciente Jesús el que se encarga de convencer a los testigos de la verdad del hecho de su resurrección de entre los muertos. **La fuerza de convicción de parte de Jesús resucitado se manifiesta también superior al ejercido por los sentidos en nuestro conocer cotidiano**, ya que se dan situaciones de percepción que se presentan falibles, mientras que Pablo, el único testigo que escribe personalmente de la experiencia escatológica que tuvo, no alberga ni la mínima duda acerca de la verdad de la resurrección de Jesús, y eso que tenía muchas "razones" para oponerse a aceptar la verdad del acontecimiento pascual cristiano...

Ante la experiencia de que Jesús había resucitado realmente, experiencia que les puso en contacto con el Hombre Nuevo, con una realidad humana de otro orden, del orden escatológico, los Apóstoles proclamaron Mesías a Jesús con toda su lógica judía. **El reconocimiento mesiánico de Jesús era el reconocimiento máximo que aquellos primeros cristianos (judeo-cristianos) podían tributarle.**

V ¿Por qué llegaron a confesar Dios al Mesías Jesús?

Los primeros cristianos no se contentaron, sin embargo, con la denominación mesiánica de Jesús. Llegaron a confesarlo Dios. Nosotros, los europeos, "tocados" de cultura secular, no tendríamos mayores dificultades en divinizar a una realidad escatológica como la de Jesús resucitado... ¿No divinizamos a seres humanos de menor entidad en comparación con quien ha vencido a la muerte definitivamente? A decir verdad, **nuestros reparos a la divinización de Jesús serían todos ellos de origen humano**: ¿Cómo puede un hombre superar su condición mortal? ¿Quién ha visto con los ojos de la cara, o palpado con sus manos... a Jesús resucitado?... En modo alguno nuestras objeciones tendrían una raíz religiosa.

Los escritos del N.T., sobre todo los escritos de Juan, "tiran" por una interpretación metafísica divina a la hora de explicar por qué Jesús ha sido resucitado antes de caer bajo el dominio absoluto de la muerte aniquiladora: porque, como el Padre, tiene la vida en sí mismo¹¹; porque por ser la Vida con mayúscula puede perder la vida con minúscula voluntariamente hasta el hecho físico de la muerte, pero no hasta el punto crítico incluido en que el compuesto humano empieza a desintegrarse¹².

A los Apóstoles se les nota, además, seguros de que Jesús ha resucitado efectivamente antes de comenzar a descomponerse en el sepulcro. Voy a reseñar a continuación **dos testimonios convergentes que revelan la inalterable seguridad de los primeros cristianos en que Jesús había resucitado sin haber conocido la corrupción de su 'carne'**:

- 1 Los cuatro evangelios son unánimes en la narración del pronto **hallazgo del sepulcro vacío** por parte de las mujeres. Teniendo en cuenta que en aquellos tiempos la mujer no era considerada como testigo válido en los juicios, sería una torpeza manifiesta

vida. Esto está reservado únicamente al sumo poder de Dios, como lo entendemos por aquellas palabras del Apóstol: "Aunque fue crucificado por la flaqueza humana, vive empero por la virtud de Dios" (2Cor 13). Y como esta nunca se apartó del cuerpo en el sepulcro, ni del alma que bajó a los infiernos, había virtud así en el cuerpo para tornarse a juntar con el alma, como en el alma para volverse al cuerpo. Y así pudo muy bien revivir por su propia virtud y resucitar de entre los muertos.»

¹¹ Jn 5,26: «Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo.»

¹² Jn 10,17-18: «El Padre me ama porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo.»

que los primeros cristianos hubiesen inventado el hecho del sepulcro vacío y hubiesen puesto a las mujeres como protagonistas del curioso descubrimiento. Algún fundamento histórico tiene que haber en la comparecencia de las mujeres en los relatos de la tumba vacía...

Refuerza la historicidad del hallazgo del sepulcro vacío la explicación positiva, **por un lado**, de la desaparición del cuerpo muerto de la sepultura : «porque ha resucitado», y, **por otro lado**, el rechazo enérgico de parte de la primitiva Comunidad de las razones lógicas que se dieron del suceso (robo de los discípulos, traslado a otra tumba...), mediante la ingeniosa ocurrencia de Mateo, en el primer caso, de poner guardias a la entrada del sepulcro, o mediante la entrevista simulada por Juan, en el segundo caso, entre María Magdalena y el hortelano que por trabajar en las proximidades de la tumba de Jesús tenía que estar al corriente de cualquier novedad en relación con la sepultura del Maestro...

- 2 **Los primeros cristianos** están tan seguros de que el cuerpo de Jesús no se encuentra enterrado en ningún lugar que **presentan y defienden la singularidad del hecho de Jesús frente al caso de todos los demás muertos**, incluyendo al más ilustre de los israelitas, al rey David:

«Ahora bien, David, después de haber servido en sus días a los designios de Dios, murió, se reunió con sus padres y experimentó la corrupción. En cambio, aquel a quien Dios resucitó no experimentó la corrupción.»¹³

¹³ Hech 13,36-37, Cfr. Hech 2,24-31.

Recuerdo que los primeros cristianos, por sus creencias religiosas, eran totalmente contrarios a la divinización de ninguna criatura humana. Fue el acontecimiento inesperado de la resurrección de Jesús y luego la reflexión sobre el modo como se produjo, más concretamente la reflexión sobre el dato sorprendente de que el Señor había resucitado antes de que la muerte le hubiese arrebatado su cuerpo para siempre, cosa que sucede infaliblemente a todos los que se mueren, lo que les obligó a pensar a Jesús más allá de la mesianidad: en términos de divinidad, de preexistencia, de eternidad. **Los primeros cristianos estaban personalmente interesados más que los miembros del sanedrín en verificar el dato de que el cuerpo muerto de Jesús no se encontraba en ningún lugar de la tierra por las enormes consecuencias que ello podía acarrear a su fe en Jesús.** En efecto, no podía significar lo mismo para ellos si Jesús había sido resucitado con "su" cuerpo o no. Si el cuerpo de Jesús de Nazaret yacía como el de todos los hombres que se mueren, entonces estaba claro que Jesús resucitado no era en absoluto eterno, preexistente, Dios. Si, por el contrario, el cuerpo de Jesús de Nazaret había sido transformado en cuerpo glorioso antes de conocer el dominio aniquilador de la muerte, entonces cabía la posibilidad de interpretar metafísicamente tal excepción como una exigencia del modo de ser de Jesús. Y esta fue precisamente la posibilidad barajada por los primeros cristianos. **La conclusión a la que llegaron fue que Jesús había sido resucitado por el Padre sin pasar antes por la corrupción mortal porque él es también eterno, preexistente, divino, como el Padre.**

La desaparición del cuerpo muerto de Jesús de su sepultura es mucho más que un recurso didáctico para expresar que el Resucitado tiene las señas de identidad del sepultado Jesús de Nazaret: es más bien un dato integrante del anuncio de la resurrección del Señor detectado y verificado por los primeros cristianos, que les llevó, a pesar de su fe monoteísta judía en contra, al descubrimiento y a la proclamación de la divinidad del hombre Jesús de Nazaret.

Es, por otro lado, **la única vía** que pone a Jesús de Nazaret en relación adecuada con la metafísica divina¹⁴. Afirmar que el cadáver de Jesús se encuentra por ahí no responde, en primer lugar, al testimonio del N. T. y, en segundo lugar, equivale a cerrar automáticamente toda posibilidad de argumentar en términos metafísicos sobre la divinidad de Jesús, ya que ese fue el único camino que, según el N. T., recorrieron los primeros cristianos en su descubrimiento de la divinidad de Jesús¹⁵.

VI La educación de la fe de los catequizandos en la divinidad de Jesús

La explicación dada del descubrimiento y afirmación de la divinidad de Jesús por parte de los primeros cristianos será bien entendida y asimilada por nuestros catequizandos siempre que hayan sido previamente formados en estos **dos principios de la revelación cristiana**: 1. Dios ha actuado con absoluta iniciativa en la creación; y 2. Jesús se parece más a su Padre (Dios) que a sus hermanos.

¹⁴ Los llamados "milagros de naturaleza y de revivificación de muertos" también presuponen una manera de actuar propia del ser divino... Pero los milagros de naturaleza y de revivificación de muertos que los evangelios atribuyen a Jesús (7 milagros de naturaleza y 3 milagros de revivificación de muertos) han sido testimonios por los cristianos después de haber llegado a creer en la divinidad de Jesús en tiempo ya postpascual. Los evangelios describen, además, tales milagros sin ninguna preocupación histórica, mientras que son insistentes y puntillosos en el hecho de que Jesús ha sido resucitado sin haber conocido previamente la corrupción de su "carne".

¹⁵ Me parece muy lógica la falta de fe de H. Küng en la divinidad de Jesús: empezó diciendo que Jesús resucitado no ha asumido su cuerpo terrenal en su transformación gloriosa, que «*la corporeidad de la resurrección [de Jesús] no exige que el sepulcro se quede vacío*» (en *Ser cristiano*, Ed. Cristiandad, 1977, p. 464) y ha acabado haciendo de Jesús la figura humana que con su doctrina y vida mejor ha revelado a Dios y, sólo en este sentido de revelación, Jesucristo es la Palabra de Dios, la Voluntad de Dios, la Imagen de Dios, el Hijo de Dios, pero no el Hijo de Dios en el sentido de la eternidad o preexistencia (en *Credo*, Ed. Trotta, 1994, p. 66-68: ¿*Qué significa encarnación?*).

1. Dios ha actuado con absoluta iniciativa en la creación

Todo ser humano tiene conciencia de no haberse hecho a sí mismo y que todos los demás hombres piensan igual de ellos mismos. La creación remite a Dios como a su Hacedor. Los humanos no sabemos qué es crear, porque se trata de una acción propia y exclusiva de Dios. Lo único que podemos asegurar respecto de la creación es que ha sido Él, Dios, quien ha tomado la delantera a las criaturas. Antes de la creación sólo existía Dios, el Creador. La creación es como es porque Dios, sólo Él, decidió hacerla así. El mundo es el resultado de la iniciativa absoluta de Dios.

No tenemos la misma conciencia cuando analizamos el devenir, la historia individual y colectiva. Nos consideramos responsables de nuestros actos, en mayor o menor grado. Si albergamos dudas sobre nuestra libertad de acción en ciertas situaciones, no miramos a Dios como al Causante de los condicionamientos y coacciones que nuestra libertad experimenta.

Pues bien, hay que recuperar y cultivar la primera vivencia, la de que somos criaturas por obra y gracia de la decisión unilateral de Dios: porque se trata de una vivencia que responde de lleno a la realidad de la vida. En nuestra existencia, a escala particular y mucho más a escala cósmica, abundan los hechos que desbordan por completo nuestras claves históricas de explicación. Por fijarnos en una realidad extrapersonal, por ejemplo en la estación invernal, cualquiera de nosotros piensa en Alguien o en Algo distintos del hombre como en su Autor. O, por citar un ejemplo de tipo más personal, recuérdese alguna enfermedad grave en la que podemos caer: agotados todos los recursos humanos a nuestro alcance, terminamos reconociendo nuestra radical dependencia existencial del Otro.

Si una y otra vez comprobamos la presencia soberana y prioritaria de Dios en el correr de la vida por las venas de la naturaleza y por

nuestras propias venas, mientras que el influjo divino apenas se percibe en el rumbo del quehacer de la historia, ¿no puede esperarse de Dios que vuelva a intervenir en solitario decisivamente para concluir su plan de felicidad sobre los hombres como lo hizo al principio mediante la creación para poner en marcha dicho plan? **La experiencia que los cristianos tenemos de la iniciativa absoluta de Dios en los orígenes del cosmos (protología) nos predispone a favor del original actuar último de Dios (escatología) respecto de Jesucristo, a quien resucitó excepcionalmente de entre los muertos antes de que su 'carne' empezara a corromperse.**

No hay duda de que la experiencia de Dios en el ámbito de la naturaleza o cosmos guarda cierta relación con el Dios que actuó tan magnífica e inesperadamente en el caso de Jesús muerto y sepultado. Pero no debemos olvidar que la soberanía mostrada por el Dios que resucitó a Jesús es más trascendente para nosotros, más sobrenatural, que la desplegada en la creación del mundo. Si bien es cierto que Dios tomó absolutamente la iniciativa al principio (creación) y al final (resurrección de Jesús) de su plan salvador, puede matizarse aún más la precedente afirmación añadiendo que **Dios ha actuado más libérrimamente, más gratuitamente, más absolutamente en la resurrección de todo Jesús que en la creación del mundo.**

2 Jesús se parece más a su Padre (Dios) que a sus hermanos

Nosotros los seres humanos tendemos a pensar todo humanamente, a representarnos las otras realidades, y hasta las figuras de ficción, a nuestra imagen y semejanza de hombres. Dios mismo no escapa a nuestro pensar antropomórfico: nos imaginamos a Dios como un anciano venerable cuyo rostro, cosa extraña, no acusa el desgaste del tiempo...

Si procedemos así con las realidades incorpóreas como Dios, con mucha más naturalidad proyectaremos nuestro modo profundo de ser en los otros individuos humanos. Esto es lo que hacemos los cristianos concretamente con Jesús de Nazaret: lo consideramos uno de los nuestros, igual a nosotros... ¿Es que no es esta la verdad, toda la verdad sobre Jesús?

Volvamos a los evangelios a ver si los Apóstoles nos han dejado allí alguna seria diferencia entre Jesús y nosotros.

Salta a la vista el modo tan distinto de acabar por parte de Jesús en comparación con todos los muertos de la historia: según los evangelios, el muerto y sepultado Jesús de Nazaret ha sido resucitado por Dios Padre antes de convertirse en cadáver y está ahora sentado en el cielo (que es el modo de vivir de Dios) a la derecha del Padre. Pero la resurrección de Jesús es un acontecimiento de otro orden, del orden escatológico, inaccesible a nuestros sentidos: la resurrección de Jesús remite exclusivamente a Dios, como la creación.

Lo que buscamos en los evangelios son diferencias comprobables históricamente entre Jesús y los discípulos que sean verdaderamente llamativas. Dentro de esta búsqueda histórica, los testimonios que encontramos en los evangelios nos llevan como de la mano, con toda naturalidad, a fijarnos en el siguiente dato: en **el modo de concebir el mesianismo histórico por parte de Jesús y por parte de todos los demás**, incluidos los Apóstoles. Además de los numerosos textos evangélicos que contraponen el pensar, sentir y actuar de Jesús sobre el modo de buscar la felicidad en esta vida con el modo diseñado por los demás, tenemos en la figura ensangrentada del Crucificado la prueba palmaria de que el mesianismo predicado y vivido por Jesús era muy distinto del mesianismo oficial de los judíos.

Estamos ante **un dato ciertamente diferenciador entre Jesús y todos los demás seres humanos**. Pero, según los evangelios, **Jesús no se encuentra solo: con él está Dios, el Padre**. Más exactamente habría que decir al revés: que era Dios Padre quien no se encontraba solo con su plan de salvación frente al pueblo israelita y frente a los pueblos de la tierra; que con Él estaba Jesús de Nazaret.

En efecto, los evangelios presentan a un Jesús de Nazaret que rompe con su pasado para poder dedicarse en lo sucesivo a predicar el reino de Dios, su Padre, cuya realización aquí y ahora se basa en el amor a los hombres, no en el poder sobre ellos, y cuyos resultados históricos son impredecibles. Igualmente, cuando Jesús ora, es el Padre quien le adelanta a Jesús los temas de la oración: Jesús no habla en la oración de "sus" necesidades, de "sus" proyectos, de "sus" reivindicaciones de justicia, de los males que "le" aquejan..., sino de la voluntad "del Padre", de la glorificación "del Padre", de la bondad "del Padre", de la fidelidad "del Padre", del perdón "del Padre"¹⁶. Según los evangelios, Jesús no cede ni un milímetro en su cumplimiento de la voluntad del Padre, tampoco cuando se intensifica contra él la marea de agresividad y muerte de sus hermanos en la religión judía...

La relación que Jesús mantiene con el Padre **en lo tocante al proyecto mesiánico** es, según los evangelios, **una relación fontal** (el Padre es la fuente del proyecto mesiánico de Jesús) **e irrompible** (ni la muerte de cruz pudo con dicha relación de Jesús)¹⁷.

¹⁶ Véanse, por ejemplo, las cuatro largas oraciones explícitas de Jesús transcritas en los evangelios: 1. la oración de acción de gracias después de la misión de los 72 discípulos (Lc 10,21-22); 2. la oración en Getsemaní (Mc 14,36); 3. la oración en la cruz (Lc 23,34,36); y 4. la oración de unión (Jn 17,1-26).

¹⁷ E. Charpentier la califica incluso de relación constitutiva:

«Podéis presentar un test difícil de personalidad: cualquiera que sea la pregunta que se le hace, Jesús no tiene más que una respuesta. ¿De

Es innegable que en ese dato tan significativo como el del mesianismo histórico Jesús es el único que se halla del lado de Dios Padre frente a todos los demás. Al menos en este aspecto se verifica satisfactoriamente la afirmación del encabezamiento : "Jesús se parece más a su Padre (Dios) que a sus hermanos". Conviene que los catequistas insistamos en esa diferencia histórica entre Jesús y sus contemporáneos porque **ahí podemos hacer pie con seguridad para lanzarnos después** a admitir y a proclamar la diferencia máxima que nuestra religión reconoce en Jesús, a saber, que él es el Hijo único de Dios, el Engendrado por el Padre en la eternidad.

dónde vienes? -Del Padre. ¿Adónde vas?- Al Padre. ¿Qué haces ? -Las obras, la voluntad del Padre. ¿Qué dices?- Nada sobre mí, sino lo que he visto en el Padre... Más que los razonamientos abstractos sobre la Trinidad, este test nos introduce en el corazón del misterio de Dios. Jesús es a la vez totalmente libre, perfectamente él mismo, pero también es totalmente relación con el Padre, hacia el Padre (1,1).»